



# *VIVIR EN PLENITUD CRISTIANA Y ESPERANZA*

---

3ª Ponencia del XIV EFCSM 2019

**Irene Martín Martín**

© 2019. Fundación Maior

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación Maior, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

## VIVIR EN PLENITUD CRISTIANA Y ESPERANZA

ADRIENNE VON SPEYR SOBRE LA ESPERANZA

La finalidad de esta ponencia es presentar lo específico que aporta Adrienne von Speyr sobre el tema de la esperanza, en el sentido del título de la conferencia: ya aquí en el mundo podemos vivir en plenitud cristiana gracias a la esperanza.

Adrienne habla de la esperanza en muchas de sus obras, pero en esta ocasión vamos a profundizar en el excursus que hace sobre las tres virtudes teologales, en su comentario al evangelio de San Juan, en el tomo I *La Palabra de hace carne*.

Comentando los versículos del 6 al 8 del prólogo del evangelio de Juan aparece este breve tratado sobre fe, amor y esperanza. «En efecto, el prólogo ha hablado hasta ese momento de la Palabra en Dios (1-2), de la Palabra en la creación y en los hombres (3-4) y del rechazo de la Palabra por parte de las criaturas (5). Ahora empieza la historia de la colaboración con la Palabra por parte de su testigo elegido («Apareció un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan. Vino como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él. Él no era la luz, sino el testigo de la luz»). Por eso es el lugar para las virtudes teologales y para un segundo tratado sobre la misión»<sup>1</sup>.

El excursus comienza con la frase: «La palabra de Dios comunicada en el Espíritu y como Espíritu [...] es fe, amor, esperanza»<sup>2</sup>.

A.

Aunque el tema principal es la esperanza, la tercera de esta lista (según las cita Adrienne, orden llamativo y no habitual, y que se explicará más adelante), comienzo con una idea previa importante: la unidad esencial de las tres virtudes (A.1), y cómo representan la vida de Dios en nuestra vida (A.2).

A.1.

Y es que antes de hablar de una de ellas, es importante notar que aunque distinguimos tres virtudes, son un solo movimiento de entrega a Dios, como fe que espera y ama, como amor que cree y espera y como esperanza que cree y ama. Son una única corriente, un sólo movimiento.

El hecho de que las llamemos “virtudes” teologales quizá no ayuda a percibir la importancia de su unidad intrínseca. El concepto de virtud entró en la teología a partir de la herencia del pensamiento griego sobre el hombre y su perfección moral. Es un concepto antropológico (no de la revelación), por decirlo así que se acuñó y se utiliza para entender otros. Pero el mismo Santo Tomás, que hace un uso intenso del término, ya advierte que cuando se trata de las virtudes de la gracia de Dios, algunas cosas tienen que cambiar en el concepto heredado: Por eso no debemos entenderlas sólo

---

<sup>1</sup> Ricardo Aldana, Introducción al Manual del Seminario *Fe, caridad y esperanza: vida eterna en los hombres*, de la Fundación Maior, realizado entre los meses de febrero y junio de 2015 (grabaciones disponibles en [www.maior.es](http://www.maior.es)).

<sup>2</sup> Adrienne von Speyr, *La Palabra se hace carne*, Ediciones San Juan, ed. rev. 2019, 89 (disponible en [www.edicionesanjuan.es](http://www.edicionesanjuan.es)).

como “virtud”, o sea un hábito bueno del espíritu, sino, como dice Santo Tomás, como una potencia nueva de la gracia. No como algo estático, sino como una corriente, un movimiento desde Dios y hacia Dios. Por decirlo así son como un torrente que se diversifica en tres por la fuerza de su vitalidad. Pero son una unidad, no se pueden separar, porque siendo tres son un sólo movimiento. Para responder a Dios se necesita de las tres. Y aunque haya momentos de ejercitar o practicar más una que otra, de modo inicial se necesitan las tres.

En palabras más bonitas de San Francisco: «¡Santísimas virtudes!, a todas os salve el Señor, de quien venís y procedéis. No hay absolutamente ningún hombre en el mundo entero que pueda tener una de vosotras si antes él no muere. El que tiene una y no ofende a las otras, las tiene todas. Y el que ofende a una, no tiene ninguna y a todas ofende»<sup>3</sup>.

También por ejemplo Hans Urs von Balthasar habla de esta unidad entre las tres en *Sólo el amor es digno de fe*. Habla de la tríada unitaria de fe-esperanza-amor como necesaria (las tres a la vez) al menos en el primer momento, como disposición en el hombre para el encuentro con el amor de Dios. «La preparación del sujeto por la que es puesto a la altura del rango del objeto de la revelación y es sintonizado con ella, es en cada hombre esa disposición que puede ser caracterizada por la tríada unitaria de fe-esperanza-amor, que debe estar presente, al menos en modo incoativo, ya en el primer encuentro auténtico, y puede estarlo en la medida en que el amor de Dios, que es gracia, lleva necesariamente en sí las condiciones de su cognoscibilidad y por eso las trae consigo y las comunica»<sup>4</sup>.

## A.2.

Esta idea de la unidad de las tres aparece también en otro texto de Adrienne, introduciendo la idea de que son un don de vida eterna de la Trinidad.

En su oración que comenta el Padrenuestro se lee: «*Que estés en el cielo*. Tú estás en el cielo, Tú eres la luz del cielo. Tú eres la luz de toda santidad, la luz de la fe, la luz de la esperanza, la luz del amor. Tú estás en el cielo, allí donde, en tu Espíritu tri-unitario, la fe, el amor y la esperanza se encuentran en la unidad de la luz, en esa unidad que constituye el cielo, tu cielo». En nota, se añade: «[...] Fe, esperanza y amor están en Dios, pero Dios forma a partir de ellas su morada, su cielo»<sup>5</sup>.

Es decir, fe, esperanza y caridad son algo de Dios, algo propio de la Trinidad, que se nos entrega. Nótese aquí también que las denominamos virtudes *teologales* (“teológicas” serían relativas a la teología, mientras que “teologales” significa relativas directamente a Dios).

Y «en este punto se hace necesario sobrepasar el límite del tiempo [siguiendo el movimiento mismo de Dios que desde la eternidad ha penetrado en el tiempo y lo ha llevado consigo en su Ascensión a los cielos]. Porque si fe, esperanza y amor son la morada de Dios, la forma de la vida en su cielo, lo que vivimos aquí ya es sustancialmente la vida del cielo»<sup>6</sup>.

<sup>3</sup> San Francisco, *Saludo a las Virtudes*, v. 4-7.

<sup>4</sup> Hans Urs von Balthasar, *Sólo el amor es digno de fe*, Ed. Sígueme, Salamanca 2011, 77.

<sup>5</sup> Oración original del libro *Bei Gott und bei Menschen*, incluida en Hans Urs von Balthasar, *Primera mirada a Adrienne von Speyr*, Ediciones San Juan, Madrid 2012, 237.

<sup>6</sup> Ricardo Aldana, *Formación del laico*, Fundación Maior, Madrid 2009, 141.

Esto es lo importante: como se nos ha entregado, lo que vivimos aquí ya es sustancialmente la vida del cielo. Las tres virtudes son como un torrente de vida eterna que entra en nuestra vida. Hacen que nuestra vida sea algo incontenible, que tenga algo de trinitario. Y esto (pero ya es otro tema) toma forma concreta a través de los sacramentos. La vida eterna ya ha empezado aquí. Las tres virtudes son vida eterna que se nos ha entregado. Nacen de Dios, son de Dios, y vienen a nosotros. La vida de la gracia es inmersión en la vida trinitaria.

«Y esto puede ocurrir únicamente dentro del movimiento de Jesucristo, Palabra, que viene del Padre y va al Padre. En este venir e ir de Cristo, nuestra vida queda insertada por las tres virtudes teologales, triple don de vitalidad divina»<sup>7</sup>.

## B.

Una vez explicada esta idea de las tres virtudes teologales como unidad y como don divino de vida eterna en los hombres, explicamos ahora la propuesta teológica que hace Adrienne del origen de las virtudes (donde se entiende el cambio de orden que hace al nombrarlas). Ella indica que primero son la fe y el amor, y pone la esperanza en tercer lugar. Y no se trata de una cuestión de predominancia o superioridad, porque el amor sigue siendo la más importante, como dice San Pablo (“Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad” 1 Co 13,13), sino del sentido teológico de que la primera sea la fe, luego el amor y finalmente la esperanza.

Para ello nos basamos en el texto que decíamos al principio, del comentario de Adrienne al evangelio de San Juan<sup>8</sup>.

Según su intuición teológica, antes de que existiera el hombre, había fe, una fe divina como parte del amor de la Trinidad. La fe es el modo de tratarse las divinas personas. Y esa fe es la que da fundamento al hombre. La constitución de la criatura es su relación de confianza con Dios, lo que

<sup>7</sup> Cf. Id. 148ss.

<sup>8</sup> Adrienne von Speyr, *La Palabra se hace carne*, Ediciones San Juan, ed. rev. 2019, 89ss. «En el origen, entonces, era la fe, y porque en el origen no era más que Dios, la fe era en Dios. Hasta que fue creado el hombre, hasta que surgió la creación, la fe era en Dios [...] La fe es el fundamento de la criatura, su realidad primera y más honda. Dios da esa fe a la criatura en el momento de crearla, no como algo que luego poseerá, sino como principio esencial constitutivo». «En el origen, la fe es el fundamento de la criatura [...] es absoluta. [...] Todo es creado por medio de la fe. Ella es la vida y la luz de los hombres».

Hasta que «Las tinieblas surgen en la fe cuando se despierta la nostalgia, porque el hombre se hace consciente de que siendo criatura se diferencia de Dios de que Dios le ha puesto fuera de Dios, se ha separado de él. En el origen el hombre era en Dios, pero ahora [después de la creación] está frente a Dios».

«En ese instante, Dios da lo segundo que hasta ahora ha conservado junto a sí: el amor. En el momento en que se hace visible la soledad del ser-fuera-de Dios, cuando surge el peligro de que el hombre se coloque frente a Dios como un ser independiente, cuando se abre el abismo de las tinieblas, la posibilidad de tropezar contra el propio yo y sucumbir a su tentación: en ese momento Dios tiende un puente sobre el abismo regalándonos el amor e ilumina las tinieblas por la luz del amor a Dios y al prójimo».

«El amor es siempre también conocimiento. Sin embargo, tan pronto ha nacido el amor tiene un único objetivo: desbordar el conocimiento. El amor es plenitud [...] El camino del amor pasa por el prójimo. [...] La fe me es quitada, ... y lo incondicional y absoluto sólo regresa a mí en el amor. Siéndome quitada la fe absoluta, me es dado el conocimiento. [...] Hasta ahora conocía sólo a Dios en la fe. No estaba solo, pues era en Dios. Ahora estoy fuera y Dios deja en mis manos el camino de regreso a Él. Aquí se despierta el conocimiento. [...] En medio de esa indigencia yo busco y reconozco al tú, para en el tú reconocer y encontrar la obra de Dios, que en mí mismo no puedo ver. [...] La nostalgia de Dios ha de tomar el camino del tú como imagen de Dios. [...] Pero el hombre no quería amar porque deseó tanto el conocimiento, que se extasió de tal modo en el conocer, que no se contentó con la medida del conocer dada por Dios. [...] Intentó superar la medida que Dios había pensado para él. Esto era el pecado. El hombre se arrogó en su propio saber lo que sólo corresponde a Dios, ser en el absoluto, ser él mismo como Dios. Embriagado en su conocimiento deseó beber hasta el fondo el océano de lo infinito».

«Estando en esa situación, Dios le regala la esperanza como lo tercero. Se la regala para que le ayude a soportar su no ser Dios, a existir en una tal dependencia de Dios». [...]

nos constituye es la confianza en nuestro Creador. Es lo primero en nosotros, y no hay sombra de duda en este origen, de fe en Dios.

En un segundo paso, aparece el amor. Si por la fe confiamos en Él, por el amor queremos que sea Él. No domina el querer estar con Él, sino la alabanza de que Él sea así.

Con fe y amor tenemos todo lo que necesitamos. Son las dos cosas necesarias para relacionarnos con Dios.

Pero surge la nostalgia como anhelo, angustia, miedo de no ser Dios, de necesitarle. Surge un problema en esa relación con Dios a través de la fe y el amor.

Adrienne también explica que con el amor viene unido el conocimiento. Y que el hombre quiere ir más allá del conocimiento. que Dios tenía para él y abre una separación con Dios (pecado). El pecado es poner el conocimiento antes que el amor (como se ve en el Génesis).

Entonces Dios dona la esperanza. Es lo que se requiere tras el pecado para poder vivir en la fe y el amor.

Esto que quizá parece abstracto al expresarlo sólo con palabras, se puede ver con una imagen: la fe y el amor son como los dos ojos, con los que vemos, pero que con el pecado han quedado velados. La esperanza levanta ese velo. Necesitamos la esperanza para poder volver a “ver” con la fe y el amor.

«La esperanza es el cumplimiento de la fe y el amor después del pecado». Es la forma de la fe y el amor adecuada a los pecadores. Aquí se ha visto cómo es la tercera en su “origen”, es el complemento necesario de las otras dos después del pecado. Todo lo bonito de la fe y el amor podemos vivirlo en esperanza.

Por el pecado todo lo que nos dicen la fe y el amor ha quedado en duda, pero por la esperanza vuelven a tener vigencia.

Podemos ver esto en ejemplos de la vida: sabemos por la fe que Cristo nos ha salvado. Pero por el pecado sabemos que podemos condenarnos. Y gracias a la esperanza, confiamos en que a pesar del pecado, podremos salvarnos. Es decir que no podemos asegurar que con la confesión ya podemos librarnos del pecado, no tenemos la seguridad, pero sí la tenemos en la esperanza.

O por ejemplo sabemos que el amor es muy bello, el amor en el matrimonio, en una vida consagrada, al prójimo en lo social. Pero por el pecado sabemos que no lo vivimos bien, siempre hay alguna rencilla, rencor, falta perdón. ¿Entonces es imposible el amor, sería hipócrita intentarlo? No, por la esperanza. En esperanza podemos amar. Confiamos en poder amar a nuestro esposo o esposa, confiamos en que nuestro amor al prójimo sea verdadero.

Todo lo vivimos en esperanza.

Siempre recordando de nuevo como decíamos que son una unidad indivisible. Que aunque digamos que la esperanza apareció más tarde como virtud, tras el pecado original, son esa unidad que brota de Dios y vuelve a Dios permitiendo la vida eterna en los hombres.

Termino con una oración, también de Adrienne, recogida en español en *Primera mirada a Adrienne von Speyr* de HuvB, que pertenece al comentario del Credo apostólico, al artículo “Creo en el Espíritu Santo”. Y así terminamos con las dos ideas que unen este Encuentro: Espíritu Santo y

esperanza cristiana.

En ella Adrienne explica que el Padre ha recibido al Hijo, aceptando el cumplimiento de su misión. Y esto podemos saberlo porque le ha permitido enviar al Espíritu. Esto significa que en adelante seguirá enviando gracias desde el cielo. Por tanto, con el Espíritu, nos ha dado una esperanza que permanece para siempre. Y pedimos que nos deje esta esperanza.

*Padre, [...] en el Espíritu nos has dado una esperanza nueva. [...] Permitiendo a tu Hijo enviar desde lo alto al Espíritu, nos demuestras que has recibido a tu Hijo que regresaba a ti con la misión cumplida, que lo has acogido de tal modo que en adelante no cesarán de descender a la tierra gracias del cielo. Y así, nos has dado en el Espíritu una esperanza que permanece por siempre. Padre, déjanos esta esperanza. Déjanosla de modo que se transforme en una fe siempre nueva y que permanezca dispuesta a ser confirmada siempre de nuevo en la luz de tu santidad. Danos ante todo el amor de tu Espíritu, en tu nombre, en el nombre del Hijo y en el nombre del Espíritu de este amor<sup>9</sup>.*

---

<sup>9</sup> Hans Urs von Balthasar, *Primera mirada a Adrienne von Speyr*, Ediciones San Juan, Madrid 2012, 229.